

piezas mencionadas nos presenta al hablador empedernido que se cree poseedor de una vasta cultura, y que solo trasmite su vacío moral e intelectual. **Confusión en la Prefectura** constituye una excelente sátira contra aquellas autoridades de provincia que se mantienen serviles ante el poder, sin importarles quién lo detenta en cada circunstancia. Vemos al Prefecto enviar enloquecidamente diversos telegramas de adhesión, ante noticias contradictorias acerca de un golpe de estado.

La personalidad literaria de Ribeyro está presente en este volumen que nos entrega el Instituto Nacional de Cultura. Siempre encontramos la realidad plasmada a través de su visión crítica y recreada por medio de recursos estilísticos diversos, que apartándose de toda estridencia formal buscan expresar cada tema de la manera más eficaz.

Alicia Saco

Jitrik, Noé: PRODUCCION LITERARIA y PRODUCCION SOCIAL, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1975, 176 pp.

Los escritos de Noé Jitrik exigen normalmente del lector una toma de posición. No parece posible permanecer imparcial ante su continuo interrogar. No es por eso fácil intentar una mera reseña del último de sus trabajos, **Producción literaria y producción social** sin aventurar al mismo tiempo un comentario crítico.

Tal vez lo más valioso de la reflexión de Jitrik sea precisamente su particular inconformismo ante todo lo consabido, su afanosa búsqueda de caminos de salida para el quehacer literario, su permanente poner en cuestión los moldes clásicos de la escritura y de la lectura. Porque Jitrik intenta trascender en este volumen de "ensayos" —y digo "ensayos" a pesar de Jitrik mismo— tanto el sociologismo de viejo cuño como las más modernas técnicas de la semiótica, hija póstuma del positivismo decimonónico. El intento, inconcluso, se queda en la indicación de caminos pero deja

entrever claramente la actitud de un hombre que no renuncia al postulado esencial de la creatividad ni se cobija —como muchos de sus colegas— en una de las corrientes en boga. Jitrik no entra en polémica frontal con estas corrientes (sociologismo, estructuralismo). Da por supuesta su congénita irracionalidad sin detenerse en su demostración. Sale más bien por los fueros de la racionalidad reivindicando la importancia y la necesidad, ineludible en el presente histórico, de la actitud crítica.

Repasemos, en primer lugar, las ideas básicas del autor para plantear después algunos puntos de crítica. En el prólogo comienza Jitrik afirmando que la literatura es uno de los canales por los que circula la vida social. El escritor está inserto en el circuito de la producción. Su obra, sin embargo, —al igual que la crítica literaria— no es víctima del restante movimiento social sino de los criterios que se da a sí misma para desarrollarse e incidir en la vida social. El sentido de la crítica literaria no es otro que una forma de participación en el movimiento general de la sociedad para su transformación. Pero dicho sentido marca lo que la crítica debe ser y no lo que ha venido siendo. La tarea primera de la crítica consistirá entonces en recuperar su sentido originario porque sólo desde ese sentido puede contribuir a que se produzcan mejores conocimientos en otras parcelas de la producción social.

La piedra angular de este intento está, para Jitrik, en la consideración de la literatura y de la crítica como trabajo. El autor se interesa en consecuencia no por "un abordaje desde un exterior sociológico o psicológico de la literatura", sino por la literatura como sistema de signos, como código, como lenguaje específico. Sólo así cree poder empezar a "situar el campo", después de haber intentado rodearlo desde fuera. Desemboca finalmente el autor en el concepto de "trabajo crítico" al que llega impulsado por un soplo epistemológico que entiende como búsqueda de sistemas internos a la literatura.

El trabajo crítico "no es la misma

cosa con otro nombre" sino una actividad que engloba todo lo que atañe a la posibilidad de considerar a la literatura como objeto de un trabajo. La sociedad, a través de las ideas que intentan modelar el todo social, determina tanto la escritura como la lectura. El trabajo crítico tiende a poner en evidencia lo que el texto elude, niega o propone, contribuyendo también a poner en práctica una acción que se encamina hacia la transformación de esa sociedad. Y dado que un texto es el mundo y el mundo es un texto, el análisis crítico abre la posibilidad de una experiencia referida al mundo entero y a su sentido.

En el ensayo titulado **Producción literaria y producción social**, del cual deriva el título general de la obra, entra ya de lleno Jitrik en la literatura haciendo un deslinde inicial. La literatura es un campo marcado por una producción. La "producción literaria" consta a su vez de dos campos: producción de textos y producción de conocimientos sobre dichos textos ("trabajo crítico"). El sociologismo vulgar entiende la producción literaria como reflejo de la producción social tocando a la crítica poner en evidencia ese reflejarse de una producción en la otra. Según Jitrik, el sociologismo insiste en lo reflejado pero no se preocupa por el proceso de producción de ese reflejo. Con tan empobrecido concepto sobre la teoría del reflejo es lógico que Jitrik postule la necesidad de fundar una teoría que liberándose del reflejo pueda discernir las relaciones entre modo de producción en general y modo de producción de un texto. El problema está en que Jitrik entiende por teoría del reflejo algo que hoy ningún crítico inteligente se atrevería a defender.

Como segundo deslinde considera el autor que la producción literaria tiene su propia especialidad. La especificidad del "trabajo crítico" consiste en la relación de trabajo entre texto (objeto), metodología (operación y finalidad conocimiento y transformación del mundo).

La noción de producción de textos o escritura ("conjunto de operaciones

que transforman lo dado de la palabra... en un nuevo acontecimiento caracterizado por la aparición de una nueva significación") exige algunas acotaciones. La primera acotación se refiere al hecho que la escritura nace ya bajo determinaciones sociales y bajo determinaciones psíquicas (personales e ideológicas). Como segunda acotación señala Jitrik que una vez puesta en marcha la escritura intervienen las "técnicas" que guardan una cierta relación con las técnicas de la producción en general. La ideología se comporta como un puente que une trabajo textual y trabajo social. "Toda producción textual está regida por una ideología, que a su vez es tributaria de una teoría más amplia que define cierta manera de considerar la producción social. . ." Desde esa ideología se escribe, en ella tiene lugar la elección de las técnicas. Pueden seguirse las pautas impuestas por la ideología del trabajo de las clases dominantes o ir contra ellas. Los elementos internos del texto (gramática textual) vehiculizan la relación entre las imágenes previas a la escritura y la transformación de esas imágenes que de hecho se lleva a cabo en la escritura. Será crítica aquella literatura que acentúe la distancia con respecto a la ideología que acompaña a las técnicas productivas propias de la clase dominante.

Como tercera acotación anota Jitrik que la escritura no se agota una vez producido el objeto, sino que continúa, se reitera y se modifica en su función de significar. Significación y significado no son conceptos unívocos. El signo es el resultado de un trabajo sobre el significante. Se caracteriza, por tanto, por significar, esto es, por producir una significación. El significado o concepto estaría dado a priori como una existencia que necesita un vehículo adecuado para manifestarse, mientras que la significación sería lo nuevo que en el trabajo de significar se ha logrado histórica y genéticamente en el signo. La ideología de la significación tiende un puente entre la idea de escritura y la de lectura, consideradas ambas como trabajo productivo ligado al trabajo

social general. En función de estos conceptos se establecen diversos tipos de unidad entre escritura y lectura: 1. escritura obediente a las pautas de la ideología dominante, y lectura igualmente obediente, o, por el contrario, denunciadora de esa vinculación entre ideología dominante y escritura; 2. escritura que obedece las pautas de la ideología dominante pero las modifica, y lectura que tapa la modificación o la resalta; 3. escritura al margen de las pautas de la ideología dominante y que esclarece la relación entre trabajo textual y trabajo social y lectura que acepta o rechaza esa marginalidad; 4. escritura que pone en evidencia los resortes ideológicos de la producción impuesta por la clase dominante y propone un proyecto ideológico-crítico en función de los intereses de las clases dominadas, y lectura que acepta esta perspectiva u obedece a la ideología dominante.

El autor concluye afirmando que "la significación es, pues, lo que la escritura produce y siempre ha producido". Cuando la significación asume su verdadera capacidad genera una lectura activa, transformante y transformadora. Sólo entendiendo a la literatura como transformación es posible estudiar en profundidad la relación entre la producción literaria y la producción social.

Hasta aquí la reflexión de Jitrik, sugerente, inconforme, rica en posibilidades de desarrollo, pero ciertamente fragmentaría e inconclusa. No se puede ignorar, como hace Jitrik, que la sociología de la literatura conoce una evolución desde el primer Lukács hasta el último Goldmann (por citar sólo dos nombres) que nada tiene que ver con la vulgarización de la teoría de reflejo. Precisamente los más recientes esfuerzos a este respecto intentan demostrar que el análisis sociológico de la literatura no tiene nada en común con ese "abordaje desde el exterior" del que habla Jitrik recogiendo, a pesar suyo, un postulado muy caro a la moderna semiótica. Y es que la intención del análisis sociológico de la literatura no es quedarse a las puertas del texto mismo sino hacer ver cómo en el texto mismo se reflejan y se

reproducen las condiciones generales de existencia social. Parecería que Jitrik pretendiese también esto mismo a través de su categoría de "trabajo crítico" y de la relación que la ideología establece entre producción social y producción literaria. No negamos lo novedoso del planteamiento ni la posibilidad de que, mejor elaborado, puede enriquecer seriamente al análisis textual. Afirmamos, sin embargo, que para una tal elaboración se requiere una más seria reflexión sobre categorías como ideología, modo de producción, trabajo, conciencia de clase, etc., que advertimos como ausencia en el escrito de Jitrik. Se necesita, por otra parte, estar atentos para no dejarse llevar por los prejuicios positivistas. Si partimos, como hace Jitrik, de la consideración de que la literatura no es víctima del restante movimiento social sino de los criterios que se da a sí misma para desarrollarse e incidir en la vida social, estamos encerrándonos en un inmanentismo que se presenta como hijo legítimo del fragmentarismo epistemológico del positivismo. Este mismo fragmentarismo se advierte en esa rígida división entre abordaje exterior e interior del fenómeno literario. Desde esta dicotomía, desconocedora de la metodología dialéctica, no parece posible llegar a establecer con certeza las relaciones entre literatura y sociedad. Es que el positivismo, incluso en sus modernas versiones, no tiene en cuenta —por razones fácilmente explicables por lo demás— una categoría esencial de la realidad social, la totalidad. Pensamos, más allá de Jitrik, de los tan criticados "sociologistas vulgares" y de los neopositivistas de cualquier signo, que sin la categoría epistemológica de totalidad —versión del fundamento ontológico de dicha categoría— no es posible asentar los fundamentos teóricos de ninguna ciencia social.

Podría decirse, a manera de conclusión, que el esbozo de Jitrik del análisis literario como "trabajo crítico" abre una sugerente perspectiva. El problema está en que se queda en mero esbozo, en que maneja sin precisión importantes categorías del análisis crítico, en que no tiene en cuenta otras categorías de las

que no se puede prescindir y finalmente en que, a pesar de sí mismo, sigue pagando tributo al positivismo ambiental.

José Ignacio López Soria.

Varios: **LA POLEMICA DEL INDIGENISMO**, Lima, Mosca Azul Editores, 1975, 174 pp.

Bajo el título **La polémica del indigenismo**, la editorial Mosca Azul acaba de publicar un conjunto de textos fechados en los últimos años de la década de los 20 cuyo espacio temático es el conjunto de problemas suscitados por el movimiento indigenista y su eje principal la polémica que sobre este tema sostuvieron José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez. La recopilación se debe a Manuel Aquézo, de quien se lee también una breve Advertencia, y el prólogo y las notas a L.A. Sánchez.

El material seleccionado se ordena en cuatro secciones. La primera, que reúne los "preliminares de la polémica", incluye textos de López Albújar ("Sobre la psicología del indio"), de Luis E. Valcárcel ("El problema indígena"), de J.C. Mariátegui (las tres entregas de "El indigenismo en la literatura nacional" y "La nueva cruzada pro-indígena"), de L.A. Sánchez ("Un insensato anhelo de demolición"), de Ventura García Calderón ("Un loable esfuerzo por el arte incaico") y los Estatutos del Grupo Resurgimiento. Fuera del texto de García Calderón, inevitablemente superficial y frívolo, los otros interesan vivamente por expresar un "estado de conciencia" ante un problema, el indígena, que comienza a gravitar sustantivamente en la vida nacional. Sin duda es el aporte de Mariátegui el acercamiento más coherente y profundo.

La segunda parte del libro consigna los artículos de Mariátegui y Sánchez que constituyeron el eje de la polémica. Son tres de Mariátegui y cinco de Sán-

chez, pues se incluyen de este último dos entregas posteriores a su incumplido "Punto final con José Carlos Mariátegui". Sánchez insiste sobre todo en las contradicciones del indigenismo, entre López Albújar y Valcárcel por ejemplo, y ataca especialmente su conceptualización del país como oposición entre sierra y costa: frente a ella proclama un "peruanismo totalista". Exige también soluciones concretas al problema indígena y él postula las suyas: básicamente, educación, extinción de la comunidad indígena, cuya ineffectividad reitera, y expropiación de las tierras no cultivadas. Mariátegui por su parte aclara algunos aspectos de su planteamiento inicial y formula, en el curso de la polémica, algunos juicios fundamentales para entender, con hondura, el fenómeno indigenista. Cabe destacar en este orden de cosas el establecimiento de los límites del indigenismo, que tendrá siempre una dosis de artificialidad por no ser precisamente indígena; la relación entre indigenismo y socialismo; la valoración positiva del nacionalismo en sociedades dependientes: la condición progresista del indigenismo como movimiento reivindicativo del trabajador y su integración dentro de una dinámica histórica que excede largamente los límites de un movimiento sólo literario. Sin duda la relectura de la polémica, y en especial de las esclarecedoras páginas de Mariátegui, es una excelente ocasión para replantear, en términos contemporáneos, la problemática del indigenismo. A través de la polémica Mariátegui funda las alternativas más precisas para comprender la significación y el valor de este movimiento.

La tercera parte del libro incluye textos de quienes terciaron en la polémica. Son de Roberto Mac Lean, Darío Eguren, Manuel González y Manuel Seoane. A excepción del último, cuya "Carta al Grupo Resurgimiento" es de verdad importante, los otros no aportan nada sustantivo al debate.

La última parte de **La polémica del indigenismo**, bajo el título "Resonancia de la polémica", reproduce textos de Mariátegui y Sánchez relacionados con